



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13418

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Estranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

SABADO 11 DE AGOSTO DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumarlin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Pletora de vagos

Como asunto de oportunidad hablan los periódicos de una reforma en lo relativo á emigraciones, de acuerdo con el programa que tiene en el asunto el honorable Instituto de Reformas Sociales.

¿Será ser más ó menos amplia la medida que se adopte, pero puede tener por cierto que no resolverá las dificultades que en España ofrece siempre este problema.

En otros países emigran los que son capaces; y aquí ocurre todo lo contrario, sólo se van los que hacen falta.

El trabajo manual, el del bracero, no lo desempeñan aquí los naturales, por donde resulta que ha habido pletora de vagos hay verdadera carencia de laboriosos.

Por bien, el entorpecimiento mayor del problema de la emigración ofrece España, es el de no poder conseguir que los vagos se marchen y los laboriosos se queden.

La enorme superficie de terreno sin cultivar existe en España, y persistirá durante mucho tiempo por la falta de brazos indispensables para realizar esa necesaria labor; y como cada vez aumenta más el número de los inútiles y disminuye el de los útiles, claro está que el número de mal es peor.

El problema de la emigración ha sido mal planteado en España, tan mal, que sus resultados son contraproducentes, pues en vez de constituir una salida útil al exceso de población, conservando la útil y eliminando la estéril, determina el desnivel entre lo aprovechable y lo perjudicial.

En España sólo emigran los que abandonados de no encontrar la justa remuneración de su trabajo, se van á tierras lejanas en busca de un porvenir y un nombre que en su patria no encuentran.

Pero al lado de este problema de naturaleza esencialmente social, hay otro esencialmente mercantil, y es el rela-

tivo al negocio de los pasajes, en el que se cometen tales y tantos abusos que en ellos está comprendido todo, desde la rapacidad de las casas reclutadoras de emigrantes, hasta la avaricia de las compañías transportadoras de esos infelices.

Se han dictado reglamentos y otras disposiciones para evitar la emigración clandestina, y en realidad no han sido otra cosa que monopolios irritantes; pero ahora sucede que se ha dejado abierta la puerta al abuso y acuden á él las compañías extranjeras.

Ahora, de golpe y porrazo, cuando se han visto los graves inconvenientes que tal modo de legislar determina, se trata de remediar el mal con disposiciones nuevas inspiradas en el criterio de restricción, y con el lema de ¡abajo la trata de blancos! en realidad lo que se pretende es atajar la emigración clandestina.

A la altura que están las cosas será difícil conseguirlo.

El problema emigratorio hay que tomarlo en España á la inversa de como está planteado, y consiste en dar una prudente salida al elemento inútil con facilidades en el pasaje, y al propio tiempo ofreciendo más amplios horizontes á los trabajadores que no logran en su patria abrirse un camino de redención.

A más de esto hay siempre una masa de jóvenes sujetos á las responsabilidades del servicio militar, que emigran únicamente con el propósito de eludirlos, y eso también se debe evitar, para lo cual el Gobierno debe estudiar este aspecto interesante del problema emigratorio.

De todos modos, mientras no se haga una buena estadística de emigraciones, no será posible conocer á fondo los términos del problema; y eso hace que la opinión acoja con desconfianza los anuncios de una nueva reforma en que no se sabe si se trata de favorecer intereses generales ó intereses privados, ya que desgraciadamente en España, siempre prevalecen los segundos sobre los primeros.

Antología de poetas modernos

El Trasatlántico

Por C. Fernández Shaw.

Cortando las aguas—con rápido empuje,
dejando en las aguas—blanquísima estela,
el negro y enorme—vapor trasatlántico
su ruta prosigue,—señor de la mar.
La noche es tranquila.—Los soplos del aire
las trémulas ondas—apenas conmueven,
y arriba, en los cielos,—redonda, muy alta,
la luna difunde—su azul claridad.

La mar está llena—de vivos reflejos.
Sembrada parece—de puntos brillantes.
La luz de la luna,—serena, magnífica,
la esmalta con tonos—de nácar y azul.
La brisa, que pasa—rozando las ondas,
mil chispas en ellas—enciende y apaga,
y el buque grandioso,—cuajado de luces,
desprende á su paso—regueros de luz.

El buque navega—cuajado de luces.
Las lleva en sus pulos,—cual ojos atentos;
las deja que partan—por cien claraboyas,
sus negros costados—con blanco fulgor.
El humo que lanzan—sus dos chimeneas
se queda un momento—prendido del aire;
se esponja, se rompe,—se va disipando...
y en tanto la nave—se aleja veloz.

¡Qué hermosa es la nave!—¡Qué rápida sigue,
cual rápida flecha,—su largo camino!

¡Vestida con rayos—de luz de la luna,
retando á los vientos,—señora del mar!
Sus hélices giran—con vértigo loco,
prestándola impulsos—de rayo que corre...
y allá va la nave,—que dijo el poeta.
¡Allá va la nave!—¿Quién sabe do va?

¿Do va? Desde Europa,—cortando las aguas,
á América vuelve.—De un mundo ya viejo
y un mundo muy joven,—risueño, platórico
de múltiples fuerzas,—es lazo de unión.
De dos continentes—concierta la vltta.
Por ella se cambian—sus bienes preciados.
¡Por ella sus hijos—se juntan y entienden!
¡Es obra del hombre,—diciada por Dios!

El buque navega—cuajado de luces.
La cámara alegre,—con risas vibrantes
y voces de fiesta—y al son de la música,
entona sus himnos—de amor y placer.
Y allá por la triste—cubierta de proa,
los pobres que sufren,—los parias que emigran
llorando nostalgias—del suelo nativo,
sus patrias canciones—entonan también.

La noche es tranquila.—Los soplos del aire
las trémulas ondas—apenas conmueven.
Arriba, en los cielos,—redonda, muy alta,
la luna difunde—su azul claridad.
¡Y en tanto, partiendo—las aguas dormidas,
dejando en las aguas—blanquísima estela,
el negro y enorme—vapor trasatlántico
su ruta prosigue,—señor de la mar...!

C. Fernández Shaw.

CRONICA

La ola negra

Por las azules playas del tranquilo Mediterráneo, corrió como un ave colosal de alas negras la ola fatídica que canta al besar en las rocas el triste *Miserere* de los naufragos.

Cuando llega la noche, el rumor de esa ola llega á los bañerios con cadencias fúnebres, con gemidos de moribundos, con lamentaciones de seres expatriados, pobres y miserables.

Ese coloso del mar forma hoy el contraste tremendo de un monstruo que mezcla sus risas con sus rugidos; que acaricia en la arenosa playa cuerpos de nácar pura y ahoga en sus profundidades á infinidad de seres inocentes que llevaban la esperanza en sus corazones.

Y luchan las dos olas en la noche callada: una que va hacia dentro, otra que viene hacia la orilla; la que va es la ola de los besos, la ola de los amores, la rizada de espuma, blanca como los ampos de la nieve; y lleva confidencias de vírgenes y secretos de amor; la que viene es la ola de la muerte, la ola de las maldiciones; trae su espuma manchada de sangre y uetzlada con girones de carne arrancada con las manos por la desesperación.

Hablan las dos un instante y se separan horrorizadas las dos: una es mensajera de riquezas y dichas, otra es emisaria de ruinas y de miserias.

La fatídica, la negra, llega de playa en playa, cantando con ronca voz y terrible acento la melodía de la muerte; la gente la contempla y llora; ella sigue como judío errante por esos ma-

res, sembrando en donde llega el luto y la desolación.

Ha sido testigo de la tragedia terrible, que ha sepultado en el mar centenares de víctimas; ha recogido el último beso de dos enamorados que comenzaban un idilio de dichas y de ilusiones; ha sentido el suspiro postero que los hijos han lanzado pensando en sus madres, ha besado los cadáveres flotantes, testimonios de la pesadumbre del mar, y todo eso forma las alas impulsoras del judío errante de la ola negra.

Naufragos de la vida hay en gran número también; por el mundo van y vienen dos olas que se encuentran y que se rechazan: la blanca de la dicha; la negra, del mal: una canta á las grandezas y al placer; la otra salmodia el funeral de los muertos que viven.

El negrito lo miró con ojos desconfiados antes de volverle á aceptar así el perdón.
—¿Conviene?—le preguntó distraído.
—Sí, mi amo.
—Pues vamos andando. Tú, Brulio, no te incomodes en acompañarme más; vólvete.
—Sí es que yo quería...
—No; ya ves que Tránsito está toda asustada hoy. Di ella mil cosas en mi nombre.
—Y esta guambía que llevaba... ¡Ah!—continuó,—tómala tú, Juan Angel. ¡No irás á romper la escopeta del patrón por aquí! Mira que le debo la vida á ese,—dijo.—Baja lo mejor,—observó, al recibirlo yo.
Di un apretón de manos al valiente cazador y nos separamos. Distante ya de nosotros, gritó:
—Lo que va en la guambía es la muerte de mi nieto que le encargó su papá á mi tío.
Y convencido de que se le había oído se internó en el bosque.
Detúveme á dos tiros de fusil de la casa, á orillas del torrente que descendía ruidoso hasta esconderse en el huerto.
Al continuar bajando busqué á Juan Angel: había desaparecido, y supuse que temeroso de mi enojo por su en-

—¿Qué has hecho! ¿qué es?—le interrumpí.—¿Te han enviado de casa.
—Sí, mi amo, sí, la niña; y como me dijo á su mercé que volviera...
No me acordaba de la orden que le había dado.
—¿Conque no volviste de miedo?—le preguntó Brulio riendo.
—Eso fué sí, eso fué... Pero como Mayo pasó, por aquí acuatado, y luego, señor Lucas, que me encontró paseando el río, me dijo que el tigre había matado á flor Brulio...
Este día rienda suelta á una estrepitosa risotada, diciéndole al fin al negrito atorado:
—Y te has estado todo el día metido entre estas matorrales como un conejo.
—Como ser José me gritó que volviera pronto, porque no debía andar sólo por allá arriba,—respondió Juan Angel viéndose las uñas de las manos.
—¡Vaya! yo te mosqueo (1),—repuso Brulio;—pero es con la condición de que en otra ocasión has de ir pie con pie conmigo.

Lucas se acordó preguntarme por mi escopeta; y como yo se la mostrase,—añadió en voz baja:
—Nada le ha sucedido, ¿no?
—Nada,—le respondí carfiosamente, pasándole por los labios una ramilla.
—Ya yo pensaba...
—¿No ha bajado ese fantástico de Lucas por aquí?—preguntó José.
—El no,—respondió Marta, José masculló una maldición.
—Pero dónde está lo que mataron?—dijo al fin, haciéndose oír, la señora Luisa.
—Aquí, tía,—contestó Brulio.
Y ayudado por su novia, se puso á desfundar la mochila, diciéndole á la muchacha algo que no alcanzó á oír. Ella me miró de una manera particular, y sacó de la caja un banquillo para que me sentase en el empedrado, desde el cual dominaba yo la escena.
Extendida en el patio la grande y estercolpelada piel, las mujeres intentaron exhalar un grito; mas al rodar la cubeta sobre la grama, no pudieron contenerse.
—Pero ¿cómo lo mataron? cuéntame, —decía la señora Luisa;—todos están tristes.
—Cuéntannos,—añadió Luisa.

[1] Quiero decir «defiendo».